

## Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón por videoconferencia desde Milán, 20 de octubre de 2021

*Textos de referencia: J. Carrón-L. Giussani, «No os falta ningún don de gracia», Huellas, n. 9/2021, pp. 27-42 y J. Carrón, ¿Hay esperanza? La fascinación de un descubrimiento, capítulos 5 y 6, Huellas 2021.*

- *L'iniziativa*
- *La prima vez*

*Gloria*

¡Buenas noches a todos! Bienvenidos a nuestro primer encuentro de Escuela de comunidad con el que comenzamos este nuevo curso después de la Jornada de apertura.

Ante todo agradezco de corazón a los que estos días han rezado por mí (como os había pedido en la Jornada de apertura de curso). La operación ha ido bien, el cirujano estaba muy satisfecho con el resultado y estos meses tendré que continuar con las revisiones y tratamientos necesarios. ¡Gracias de nuevo a todos!

Cualquiera que sea la situación que vivamos puede convertirse en ocasión para reconocer qué nos permite vivir. Ayer, en una conversación, una amiga me contaba cómo hasta algo bonito como la investigación científica –a la que ella se dedica– puede resultar aburrida y perder interés. Se dio cuenta porque, mientras trabajaba, se sorprendía de que ya no esperaba más que la pausa para el café y cuando alguien le pregunta cómo está, a ella solo le sale una queja. ¿Por qué pasa esto incluso cuando hacemos algo que nos gusta? Hablando con ella recordé que don Giussani identifica el origen de nuestro desinterés, de nuestro cansancio y nuestra queja con «una falta de método», que hace que «la raíz de la que nace todo, la fuente de la energía y de la inteligencia se dé por descontado, se deje de alimentar y custodiar, ya no atraiga nuestra atención ni nuestra voluntad, es como si lentamente tendiera a desvanecerse, a volverse abstracta». Y termina su reflexión así: «Ay de una vida como la cristiana cuando da por descontado de algún modo lo que le da origen continuamente» (Fraternidad de Comunión y Liberación, *Documentación audiovisual*, Jornada de apertura de curso de CL, Milán, 14 de septiembre de 1975). Cuando perdemos la fuente de la que nace todo aquello que hace la vida distinta, viene el lamento.

¿Cómo podemos ayudarnos cotidianamente a no dar por descontado ese origen continuo? A veces, paradójicamente, retomamos la conciencia cuando nos topamos con hechos que nos sacuden, como me cuenta una persona: «En el encuentro organizado en la parroquia para empezar el curso de catequesis no se presentó ningún niño ni ningún padre, sin avisar siquiera de su ausencia. ¡Y no es que en el pueblo no haya niños! En la silenciosa plaza delante de la iglesia, estábamos el párroco y los tres catequistas mirándonos a la cara o, mejor dicho, ellos mirando al suelo y yo mirando sus rostros apagados y mudos [este es un ejemplo de lo que decíamos en la Jornada de apertura de curso sobre la secularización: el desierto avanza]. Pero el malestar que vi en la cara muda del párroco, al que estoy muy unida desde hace años, no menguó ni un ápice mi esperanza. Me sorprendió. ¿Qué hay en mí que cambie el juicio sobre las cosas cuando todo está marcado por la tristeza y la amargura? ¿Qué hay en mí que venza la desesperación y la soledad que nos rodea? Don Giussani decía que, “paradójicamente, este momento en que la crisis toca su fondo es el momento de mayor esperanza” (L. Giussani - G. Testori, *El sentido de nacer*, Encuentro, Madrid 2014, p. 112). ¡Qué gran gracia poder leer este testimonio, qué respiro, qué gratitud ser partícipe con toda mi conciencia, mi pobreza, mi fragilidad, mi debilidad! Qué interesante es vivir el cristianismo así y desear no vivirlo nunca por menos de esto, abiertos al mundo de par en par, fuertes, seguros, llenos de Su presencia que quiere abrazar a todos, alcanzar a todos allí donde estén».

El cristianismo solo seguirá siendo interesante para nosotros si lo vivimos a este nivel de conciencia, «seguros, llenos de Su presencia», es decir, si no damos por descontado «lo que le da origen continuamente».

*Me impactaron mucho dos exposiciones del Meeting (la de las series televisivas y la titulada «Vivir sin miedo en la edad de la incerteza») y quise partir de ahí para empezar el curso en todas mis clases, de ese vacío e incertidumbre que experimentaba en este momento de mi vida. Partí de esas heridas que he vivido y que vivo, provocadas por una realidad que a menudo no es como yo deseo y por las limitaciones de mi carácter. Durante la clase, una chica me dijo: «Yo no quería empezar a vivir, todo es culpa de mis padres» (¡justo lo mismo que dice uno de los personajes de una serie!), otra me acusó de “malvado” porque ella ya se acostaba todas las noches pensando en este vacío que siente y no podía soportar tener que hablar de él en clase con el profe para estar aún peor. Otra chica, después del bloqueo de unas horas de Instagram y WhatsApp, me dijo: «Me sentía perdida, ya no sabía qué hacer para distraerme». Pregunté a todos de qué querían distraerse y muchos respondieron: «de la vida», «de la realidad». Todo puede ser ocasión para ir hasta el fondo de lo que nos decías sobre las heridas y todo puede ser ocasión de encuentro. Pero lo que más me impresionó y sorprendió, al terminar la clase, fue que todo lo que había pasado no era mío, es decir, no era fruto de mis capacidades, tan inadecuadas y torpes a veces, sino de una Presencia y de una pertenencia que provocaron en muchos chavales una curiosidad y un deseo de compartir, en los descansos o al salir de clase, algo de sí mismos, sus preguntas: «Profe, ¿por qué cuesta tanto levantarse por las mañanas sabiendo que te espera un día horrible?», «Profe, ¿todo el tiempo que estoy malgastando en clase me servirá de algo en el futuro?», «Profe, ¿por qué todos los días me siento una carga para todos?», «Profe, ya no voy a la iglesia porque me he enfadado con Dios, pues no hizo nada por una persona querida que ha muerto, pero me gustaría hablar con usted». Lo vi claro cuando citabas estas palabras de don Giussani: «El mundo de hoy ha vuelto a la miseria evangélica. En los tiempos de Jesús, el problema era cómo vivir, y no quién tenía razón» (p. 31). Este comienzo ha sido extraordinario, sobre todo porque me ha permitido darme cuenta del don recibido por la experiencia del movimiento que he vivido estos treinta años. «No os falta ningún don de gracia». Si miro mi pasado y sobre todo mi presente, puedo afirmar con absoluta certeza que esta frase es verdadera para mí, como tú decías: «Nada –¡nada!– es capaz de cuestionar la seguridad inagotable en la gracia que se nos da y se nos renueva cada mañana» (p. 29), a pesar de las heridas y el vacío que me rodean todos los días, mejor dicho, a través de esas heridas y de ese vacío. No hay mayor evidencia de que en mi vida todo ha sido generado por mi encuentro con el carisma de don Giussani. Gracias por este camino juntos.*

Me sorprende reconocer y tocar con mis manos en vuestra experiencia las palabras de don Giussani sobre la «falta de método» que leía al principio para responder a mi amiga investigadora. Como dices, darse cuenta del don recibido, es decir, no darlo por descontado, hace del inicio algo «extraordinario». No dependemos de un resultado, de la situación de los chavales ni de su reacción, ni mucho menos de nuestras capacidades. Únicamente nos determina un origen presente –de ahí viene toda novedad cuando no la damos por descontado–, del que nos hace tomar conciencia la situación que estamos viviendo, incluso una situación como la que describes. Si no te hubieras encontrado con estos chavales, habrías podido seguir dando por descontado la gracia que has recibido. La relación, por complicada que sea, de tus alumnos contigo te ha hecho reconocer, con gratitud, el alcance de la gracia recibida. Y esa experiencia te ha permitido captar toda la verdad existencial de la frase de Giussani: «Nos convertimos en espectáculo para nosotros mismos [...] de seguridad inagotable en la gracia que se nos da y se nos renueva todas las mañanas» (p. 29), que nadie puede poner en discusión. No hay mayor urgencia que esta, cada mañana. La conciencia de esta gracia es lo que nos permite levantarnos de un modo distinto (esto es lo que los chavales están esperando ver en nuestros rostros) y poder ofrecer así, viviéndola, llevándola impresa en la cara, la gracia que nos hace diferentes. Como decías, «no hay mayor evidencia de que en mi vida todo ha sido generado por mi encuentro con el carisma de don Giussani».

Por eso muchos habéis percibido la pregunta de Taylor –citada en la Jornada de apertura– como un don. Así ha sido hasta en Reino Unido.

*Sí, hasta aquí, ¡increíble! Me sorprendió mucho y me ha conmovido darme cuenta de que el primer milagro que no puedo dar por descontado es justo el hecho de estar aquí ahora y no haber abandonado esta historia (a pesar del escándalo, el dolor y la incompreensión que he probado tantas veces, pues somos humanos y por tanto llenos de límites), como nos recordabas, pero me ha conmovido aún más escuchar la frase de Charles Taylor que citabas y empezar a hacerla mía. Esta semana ha sido como un “estribillo” que seguía resonando en las cosas que hago a diario, en mi vida cotidiana (llevar a mi hijo mayor a la guardería, cambiar el pañal y alimentar al pequeño, limpiar la casa, hacer la compra, charlar con la vecina, estar delante de mi marido y de su estrés laboral, tratar de entender qué haré después de la baja maternal). Me pregunto: «¿Por qué me he quedado? ¿Por qué permanezco? ¿Por qué subo al coche los lunes por la noche para ir a la Escuela de comunidad con tanta gente que no me resulta demasiado familiar? ¿Por qué voy a misa a la iglesia parroquial donde, como llegamos tan solo seis meses antes de la pandemia, aún no he conocido a nadie, aparte del antiguo párroco, que acaban de mandar a otro país?». No he entendido todo lo que se dijo en la Jornada de apertura de curso, igual que no entiendo todo lo que se dice en la Escuela de comunidad (¡y me sale decir que menos mal!), pero como Pedro puedo decir: «Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna» (Jn 6,68). Muchas veces me resulta evidente una correspondencia con lo que veo y siento una plenitud de vida que no puedo negar, hasta el punto de que, aunque sigo equivocándome y olvidándome mil veces, puedo decir que estoy “plasmada” por este encuentro y esta historia, y por eso agradezco poder seguir y estoy segura de que me conviene. Esta evidencia que se impone ante mis ojos es también lo que me permite volver a ponerme en juego después de dieciocho meses de confinamiento en un país que por muchas razones aún me parece desconocido, hasta el punto de sentirme en casa, y me da esperanza de cara al futuro. Una vez más te agradezco la amistad y paternidad que nos muestras.*

Entonces, si prestamos atención (como decía don Giussani) a lo que sucede en nuestra vida, ¿cómo superamos eso que él llama «falta de método», que nos hace dar por descontado el origen? Tú has hablado de «un “estribillo” que sigue resonando en las cosas que hago a diario [...]». Me pregunto: “¿Por qué me he quedado?”», recordando la misma pregunta de Taylor. Y te sorprendes –¡fijaos cómo podemos llegar a captar el alcance de la frase de Giussani!– de que «el primer milagro que no puedo dar por descontado es justo el hecho de estar aquí ahora y no haber abandonado esta historia» porque te «resulta evidente una correspondencia [...] y una plenitud de vida», por lo que «puedo decir que estoy “plasmada” por este encuentro [...], por esta evidencia que se impone ante mis ojos». Si esta evidencia no se impone como un hecho existencial, prevalece todo lo demás: todo el cansancio, las dificultades, las luchas cotidianas.

Cuando esta evidencia deja de ser lo que determina el presente, no porque yo lo niegue –atención, ella no ha dicho que lo haya negado– sino sencillamente porque lo doy por descontado, ¿qué es entonces lo que determina la vida?

*Me ha impactado mucho la pregunta que se hacía Taylor sobre lo que pasó en Québec en los años 60. La pregunta ha surgido en mí con fuerza al empezar este curso porque el pensamiento dominante en mí era: «Sigo “aún” aquí, dando clase». Te aseguro que entre los profesores este es un pensamiento recurrente. Sentía, y siento, un cansancio, un deseo de no comprometerme, y la tentación, muy frecuente, de dejarlo; no el colegio –¡que me da de comer!– sino un compromiso por mi parte, dejar de poner en juego mi humanidad. Pero el Señor no me deja demasiado tiempo en este “no desear”. Me pasó con un alumno que tiene problemas con las matemáticas. Normalmente, ante los escasos resultados de mis alumnos tiendo a ser bastante brusco, pero un día le dije: «Ok, mira, las matemáticas son importantes, pero no lo más importante en la vida». De ahí surgió una pequeña conversación y hace unos días me paró en el pasillo para darme un pequeño regalo diciendo: «Profe, el otro día en clase lo comenté y pensé que le gustaría tenerlo, así que lo he buscado porque se lo*

*quería regalar». Me sorprendió mucho el detalle y le dije: «¿Pero cómo sabías que me gustaba?», porque no lo había dicho explícitamente. Y me respondió: «Oiga profe, yo no entiendo las cosas que explica, pero le escucho, porque usted el otro día me escuchó». Volviendo a casa, me preguntaba qué significaba todo esto. Me venían a la mente tus palabras sobre personas significativas y pensaba en cómo este chico me hacía dar gracias a Dios por mi trabajo, con todas mis limitaciones. Es algo muy pequeño, pero me hace volver a clase todos los días poniéndome en juego por entero, con mis límites y mis faltas, porque si no hubiera estado allí, escuchando a este chaval con todo mi ser, con toda mi pobre humanidad, en mí probablemente solo quedarían las ganas de irme, como le pasó a tanta gente en Québec en los años 60. Vuelven a mi cabeza las palabras de don Gius que nos propusiste escuchar: «Cuando nos levantamos por la mañana, ¿qué deseamos? Tenemos que hacer un esfuerzo –es verdad– por traspasar el cieno de los deseos que instintivamente se presentan en nuestro cerebro, en nuestra conciencia, en nuestra alma, debemos resistir a esto y penetrar en ese cieno para ir hasta el fondo de todo, ¡hasta este deseo de Su recuerdo!» (p. 38). Te lo agradezco mucho.*

Como veis, a pesar de todo lo que nos ha pasado, podemos volver a empezar a trabajar y ver que prevalece «un cansancio, un deseo de no comprometerse, y la tentación, muy frecuente, de dejarlo; no el colegio –¡que te da de comer!– sino un compromiso por mi parte, dejar de poner en juego mi humanidad». Cuando don Giussani decía que el movimiento tiene como único objetivo el de «ponernos en juego a nosotros mismos» (p. 35), es decir, poner en marcha el yo, ¡cuánta razón tenía! Si no nos ponemos en marcha, renunciamos al compromiso con nuestra humanidad. Entonces el Misterio puede valerse de cualquier persona –a veces la más inesperada, como un chaval desganado pero leal con la presencia que tiene delante– para despertarnos, para reclamarnos a esa autoconciencia que necesitamos para vivir. ¡Qué agudeza la de ese chico! «Yo no entiendo las cosas que explica, pero le escucho, porque usted el otro día me escuchó». Esto te hace volver a casa dando gracias a Dios por encontrarlo. Así podemos despertar y –si estamos atentos– no dar nada por descontado. «Es algo muy pequeño, pero me hace volver a clase todos los días poniéndome en juego por entero», es decir, comprometiendo toda tu humanidad. Se abre así una posibilidad también para tus alumnos. De hecho, lo peor que podría sucederles es que tú renunciaras a comprometer toda tu humanidad. Cuando te comprometes, incluso un alumno con dificultades en matemáticas puede empezar a despertar. ¡Quién sabe lo que te quedará por ver en ese chico en el que se ha empezado a mover el centro de su “yo”!

*Quiero contarte un pequeño detalle que me ha pasado. Después de acostar a los niños, en un momento de rara seriedad con la vida, en vez de ponernos a ver la televisión apoltronados en el sofá, mi marido y yo decidimos leer juntos el texto de la Jornada de apertura de curso. Cuando empecé a leer en voz alta la breve introducción y el primer punto, me conmoví porque me di cuenta de que me estaba describiendo en ese preciso momento. Últimamente, por la mañana, al volver a casa después de llevar a los niños al colegio, siempre me invadía una gran nostalgia, que muchas veces se convertía en inquietud y pensaba que se debía a mi incierta situación laboral. Me pasaba el día intentando hacer cosas útiles –pensando también en mi futuro–, pero me invadía una sensación de vacío. Esa noche llegó mi marido a casa y como siempre preparamos la cena y acostamos a los niños. Hasta ahí nada especial. Pero ya había pasado algo. Mientras leía el primer punto, vinieron a mi mente pequeños gestos de atención y bondad que había tenido mi marido esa noche, gestos llenos de estima y afecto, no ligados a lo que hago o dejo de hacer por mi familia, a lo que consigo o no laboralmente. Gestos que decían sencillamente: «Me alegro de verte y quiero estar contigo ahora». Detalles y gestos que también habían estado los días anteriores pero no me habían tocado: los había dado por descontado, sin darme cuenta. De esa gracia que había, y que hay, solo pude darme cuenta en el momento en que decidí no dar por descontado mi pertenencia a la Iglesia y al movimiento, leyendo justamente el texto de la apertura de curso y saliendo de mi zona de confort, no mental sino real, ¡del sofá y la televisión! Cuando uno se da cuenta de la gracia que está, y que también estaba antes, cuando no la veía, la tristeza –¡es así!– se vuelve amiga, pues me capacita para darme cuenta*

*de que lo único que necesito es esa gracia, esa caricia. Esa caricia da sentido a mi existencia: hay Alguien que me quiere aquí, ahora. Mi vida, en todos sus pliegues, hasta los más pequeños, es preciosa a sus ojos. Yo soy, existo... gracias a Dios. De nuevo, gracias y buen trabajo.*

Sin un instante de rara conciencia de tu humanidad y de seriedad con lo humano, todo lo que luego has descubierto te habría pasado desapercibido, amiga. Dar espacio a lo que dijimos en la Jornada de apertura de curso te ha hecho descubrir los gestos de atención y bondad de tu marido, y te ha hecho sentir querida («Me alegro de verte y quiero estar contigo ahora»). Eso es lo que necesitamos: «De esa gracia [...] solo pude darme cuenta en el momento en que decidí no dar por descontado mi pertenencia a la Iglesia y al movimiento». ¡Qué alcance tiene este descubrimiento!

¿Cómo favorece esta experiencia la comprensión de otra parte del texto de la Escuela de comunidad, como es la frase de D'Annunzio citada por don Giussani, que ha provocado una “sacudida” a nuestra mentalidad?

*Estos días he leído varias veces la intervención de don Giussani que nos has propuesto en la Jornada de apertura de curso. Quisiera comprender mejor lo que nos comunicaba y por eso quería hacerte algunas preguntas. Me gustaría entender mejor, por ejemplo, el paso que me parece que da del amor a otro (con minúscula) al amor a Otro (con mayúscula). ¿Existe ese “paso” y, en ese caso, las dos formas de amor –si se puede decir así– van unidas? ¿Suceden al mismo tiempo? Inmediatamente después hay otro paso que me resulta difícil de comprender y se refiere a la frase de D'Annunzio que cita don Giussani: «Yo tengo lo que he dado» (p. 36). Al escucharla, pensé instintivamente que –al margen de la personalidad de D'Annunzio– se trataba de una expresión que podemos compartir y que Giussani la citaba en sentido positivo como expresión del don de sí, por lo que si no doy, si no dono, no tengo nada, no poseo nada. En definitiva, un himno a la generosidad, un ataque al egoísmo. Oírle, en cambio, criticar duramente esta frase me ha descolocado y dolido. De hecho, pensaba que todavía debo estar muy lejos del modo de juzgar de don Giussani. Me da la sensación de que su crítica se dirige al voluntarismo que subyace a la frase de D'Annunzio, donde todo parece centrado en la capacidad de la persona y en su fuerza de voluntad. Por tanto, quería pedirte una aclaración. Me vienen a la memoria especialmente las frases de La anunciación a María que citamos tantas veces, donde Claudel hace decir a sus personajes: «¿Es acaso el vivir el objeto de la vida? [...] No vivir, sino morir, [...] y dar lo que tenemos sonriendo», y: «¿Qué vale el mundo comparado con la vida? ¿Y de qué sirve la vida, sino para darla?» (P. Claudel, *La anunciación a María*, Encuentro, Madrid 2007, p. 151). ¿Qué diferencia hay entre el «dar» al que se refieren estas frases y el «dar» del que habla D'Annunzio?*

Te lo agradezco, porque nos muestras en qué consiste el trabajo al que se nos invita en la Escuela de comunidad: una comparación entre lo que pensamos y lo que se nos propone. Tú creías que lo que decía D'Annunzio era adecuado y te sorprende la dura crítica de don Giussani. Las personas que han intervenido antes nos demuestran –si estamos atentos– la verdad de lo que dice Giussani: «“Yo tengo” –decía D'Annunzio– “lo que he dado”. No hay nada más ilusorio y más lleno de mentira que esto». ¿Por qué? Porque esa afirmación da por descontado que yo tenga la energía y las fuerzas para hacer algo por mí mismo. Por eso dice Giussani que la frase correcta es: «¡Yo tengo lo que se me ha dado!» (p. 36). La primera «actividad», hemos dicho siempre en referencia al capítulo décimo de *El sentido religioso*, es una «pasividad», un recibir. Don Giussani lo repite cuando habla de la caridad: el don de Dios es la primera iniciativa. «Con amor eterno te amé, tuve piedad de tu nada» (cfr. *Jer* 31,3). Por eso «yo soy, yo consisto, yo tengo lo que se me ha dado» (p. 36), porque por mí mismo no soy nada. Lo primero que debemos entender es que todo lo que soy me es dado.

¿Cuál es, por tanto, el error de D'Annunzio –y tantas veces el nuestro–? Dar por descontado el origen. «No somos capaces», dice Giussani, «de querer [es decir, de dar], de ser amigos, si no reconocemos que hemos sido amados» (p. 36). Esta es la gran novedad que introduce Jesús: «Nosotros amamos a Dios porque él nos amó primero» (cfr. *1Jn* 4,19). Esta precedencia sucede siempre, no solo al principio. Por eso, continúa Giussani, «ser querido, existir quiere decir ser continuamente querido [...] ser amado [...] ser llamado de la nada en cada instante. La consistencia de mi yo es que Tú me

quieras» (p. 36). Cuanto más conscientes seamos de esto, más podremos dar. Nuestro dar solo puede nacer de lo que recibimos continuamente. Si no entendemos esto, no podremos aguantar mucho tiempo sin acabar dependiendo de una recompensa que los demás nos den a cambio. Si no partimos de la gracia recibida y renovada constante y gratuitamente por Cristo, para poder seguir amando siempre tendremos la pretensión de que el otro responda y por tanto, antes o después, nos cansaremos y dejaremos de “dar”, y la frase de D’Annunzio desvelará toda su falsedad.

Por eso nos interesa ayudarnos a entender lo que nos dice Giussani, es decir, que es decisivo el crecimiento de nuestra autoconciencia, el reconocimiento de que mi consistencia es «que Tú me quieras, oh Dios» (p. 36). Esta es nuestra autoconciencia. Y como vemos, no la podemos dar por descontado, de hecho se nos olvida muchas veces y, como D’Annunzio, salimos ya al ataque con nuestra acción, sin darnos cuenta, pensando que nosotros somos el origen de todo.

Por eso es crucial identificar en la experiencia qué es lo que despierta esta conciencia, como escribe uno de vosotros: «Mientras releía los apuntes de la Jornada de apertura de curso, hubo una cosa que me llamó mucho la atención, así que empecé a trabajar en ello. ¿Qué es lo más importante que tengo? ¿La compañía, las mujeres, el dinero, el atardecer, la carrera, todo lo que me rodea? ¿Qué es lo más importante que tengo? Mi autoconciencia, saber quién soy, saber qué hago en el mundo, el objetivo que tengo, eso es lo más importante que tengo, nada más. Sin esto, no sé para qué vivo. Pero yo solo no puedo mantener viva mi autoconciencia, últimamente me distraigo y con el tiempo olvido [este es el problema: que el origen, el objetivo, desaparece de nuestra conciencia por olvido y distracción]. Por eso Jesús ha generado una historia, una compañía guiada hacia el destino. Estando, buscando, siguiendo de corazón, puedo adentrarme cada vez más en la carne de mis jornadas con esta novedad», sin la cual no hay frescura en la vida. Esta es la conciencia que D’Annunzio no tenía y que tú en cambio sí tienes: «Yo solo no puedo».

Nosotros también podemos pensar como D’Annunzio si no hay alguien que venga en nuestra ayuda.

*La historia del Decreto sobre los movimientos que afecta a la Fraternidad y el relativo a los Memores Domini en particular me han provocado profundamente y han suscitado una pregunta: «¿Cómo he vivido y cómo vivo el carisma en mi vida cotidiana?». He vuelto a descubrir en mí la responsabilidad real del carisma, la profunda gratitud por Aquel que me ha conquistado a través de esta historia particular. Y he visto que esta es la ocasión concreta con la que Cristo vuelve a salir a mi encuentro y me pregunta: «¿Tú me amas?». Hace unos días me invitó a cenar una compañera joven con la que ha surgido una relación muy bonita de afecto mutuo. Hace tiempo me mandó un SMS: «Es como si la estuviera viendo ahora... Un rostro trabajador, sufrido, pero infinitamente dulce. Una de esas personas benéficas que te encuentras por casualidad y te dan ganas de abrazar porque te sonríen desde el fondo de su experiencia humana, y de golpe te compensan por la otra mitad del mundo, la de esa gente que vive hundida en sus pozos oscuros». Al contarle mi vocación (aún no le había dicho nada al respecto) me conmoví, porque le dije que la única razón adecuada y verdadera que explica quién soy yo, la mirada diferente que ve en mí, es que he sido y soy querida y amada continuamente, en cada instante, tal como soy, por Cristo; que en el camino del movimiento estoy aprendiendo a querer cada vez más mi propia humanidad y la de los demás, conocidos o extraños. Se quedó sin palabras y luego dijo: «En todo caso se ve que eres una mujer equilibrada». Pensé en don Giussani, cuando decía en la Jornada de apertura de curso: «Amo mi propia identidad amando a Otro... Puede que nadie se fije en mí, pero si me doy cuenta de esto soy un hombre libre, equilibrado, quizá con una mirada dolorosa sobre la realidad» (p. 36). Pensaba también en ti, que nos recordabas estas palabras de don Giussani: «A medida que vamos madurando nos convertimos en espectáculo para nosotros mismos y, Dios lo quiera, también para los demás. Espectáculo de límite y de traición, y por eso de humillación y, al mismo tiempo, de seguridad inagotable en la gracia que se nos da y se nos renueva todas las mañanas. De aquí procede ese atrevimiento ingenuo que nos caracteriza» (p. 29). Nunca puedo dar por descontado el deseo de la memoria de Cristo en mis jornadas, no es fruto de mi fuerza de voluntad, no va ligado simplemente a una regla. Me doy cuenta de que me es dado,*

*renovado en cada instante, y mi libertad se juega correctamente cuando cede, aunque solo sea a este deseo. Gracias por tu paternidad en este camino cada vez más fascinante.*

«Nunca puedo dar por descontado el deseo de la memoria de Cristo en mis jornadas». Esto es lo que hace la vida distinta, no nuestros éxitos, no que las cosas salgan como queremos. Solo la memoria de Cristo nos hace libres de todo lo demás y equilibrados. ¿Pero cómo se gana esta autoconciencia, de modo que nuestra vida sea libre y no dependamos de las migajas que caigan de la mesa de cualquiera? «La única razón adecuada y verdadera que explica quién soy yo [...] es que he sido y soy querida y amada continuamente, en cada instante, tal como soy, por Cristo». La autoconciencia se gana cuando no damos esto por descontado; de lo contrario, al final todo se reduce a voluntarismo, como sostiene D'Annunzio.

Pero entonces, ¿qué necesitamos para no dar nunca por descontado la memoria de Cristo en nuestras jornadas? ¿Cuál es el objetivo de nuestra pertenencia al movimiento, al carisma?

*Que no me falta ningún don de gracia es algo que continuamente se me pone delante y se me recuerda de manera evidente, imprevisible e inesperada, para tomar aún más conciencia de quién es el Autor fiel. En los días siguientes a la Jornada de apertura de curso, dos hechos me lo hicieron ver aún más claro. El primero fue un mensaje de un antiguo compañero de trabajo (estoy jubilado desde hace diez meses) diciéndome que se había acordado de mí. Está preparando un concurso y me dice: «Me preguntaba qué harías tú», y luego añadía: «Esto dice mucho». Ese «esto dice mucho» engloba todo el reconocimiento de una relación significativa y buena para él, que me lleva a decir: «Verdaderamente, cuando uno pertenece, ¡basta con respirar para ser una presencia!». De hecho, en los pocos años que hemos trabajado juntos, no he hecho nada más que mi trabajo. El segundo hecho fue cuando me enteré de que una comercial con la que trabajábamos habitualmente sufre una grave enfermedad diagnosticada hace poco. Inmediatamente le mandé un mensaje a su hija, que trabaja con ella. Ni siquiera pasó un minuto cuando la hija me llamó para darme las gracias por acordarme de ella y por la cercanía, pero me dice que si me llama es sobre todo y principalmente porque su madre, desde la última vez que nos vimos –cuando aún no se sabía lo de su enfermedad–, no deja de hablar continuamente de cómo la miré aquella mañana y cómo me despedí de ella. «Como si lo hubiera visto todo... y se marchó dolorido», me contó su hija al teléfono, y añadió: «Siempre he notado que entre vosotros se daba una mirada distinta, muy bonita, pero hasta ese punto... Quería darle las gracias». Yo me preguntaba: «¿Por qué esta chica, que no ha sido objeto de esa mirada, me llama? ¿Qué eco habrá tenido el relato de la madre en la hija? Y la madre, ¿qué habrá visto?». Solo cuando algo nos saca de nuestro torpor, de nuestra distracción (como estamos viendo), de nuestro olvido, podemos ser portadores de la novedad que se nos ha donado, basta solo con respirar –como dices– y mirar al otro, porque ahí está todo lo que hemos recibido. Eso es lo que está en juego en cada circunstancia que estamos llamados a vivir para responder a lo que nos pide la Iglesia.*

*Ante todo quiero darte las gracias por la paternidad que siempre has mostrado por todos nosotros. Los hechos que últimamente afectan a la Fraternidad, especialmente el Decreto del Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida, me están interpelando sobre lo que significa para mí vivir la experiencia del movimiento y la Fraternidad. Llevo inscrito más de 35 años y realmente para mí es la gracia de Dios que se me hace presente cada día. El Papa, en el encuentro del 16 de septiembre con los responsables de los movimientos, nos reclamaba a todos: «Como miembros de asociaciones [...] buscáis con dedicación vivir y hacer fructificar aquellos carismas que el Espíritu Santo, a través de los fundadores, ha dado a todos los miembros de vuestras asociaciones, en beneficio de la Iglesia [...] este decreto nos insta a aceptar algunos cambios y a preparar el futuro desde el presente» (Francisco, Discurso, 16 de septiembre de 2021). Me preguntaba qué significa para mí que la Fraternidad proceda a modificar el estatuto. Al principio pensaba que era algo que tenía que ver poco conmigo, convencido de que tú y la Diaconía de la Fraternidad decidiríais sin duda lo mejor. Pero luego retomé esta cuestión sobre qué es el carisma para cada uno de nosotros, como nos recordabas hace poco: «Cada uno tiene la responsabilidad del carisma con el que se ha encontrado»,*

*y la tiene ante el mundo entero. Entonces me sorprendí con una actitud distinta. Cada uno de nosotros es un sujeto, un “yo” activo en la Fraternidad. Entonces la modificación del estatuto tiene que ver conmigo –¡y de qué manera!– justo por esa razón, que se apoya en la autoconciencia que nos reclamabas durante la Jornada de apertura de curso. La modificación del estatuto también me interpela a mí y será una riqueza –para nosotros y para todos– el trabajo que supondrá. Por este motivo, espero que el borrador preliminar que preparéis pueda circular ampliamente en nuestros grupos de Fraternidad para que cada uno pueda aportar su contribución. Gracias.*

Gracias a ti porque nos vuelves a recordar lo fundamental que es que todos tomemos cada vez más en serio la afirmación de que «cada uno tiene la responsabilidad del carisma con el que se ha encontrado» (L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 2019, p. 122), como nos decía don Giussani. Como ya os anuncié, se está haciendo un trabajo orgánico de adaptación del estatuto de la Fraternidad a las disposiciones del Decreto general que entró en vigor el pasado 11 de septiembre. La Diaconía de la Fraternidad discutirá lo antes posible un primer borrador que se someterá a la evaluación del Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida. Se os informará puntualmente del contenido y de los primeros resultados de este trabajo para que todos puedan ejercer, como tú indicas, su responsabilidad en la Fraternidad. Este trabajo supone una primera fase del ejercicio de la responsabilidad de cada uno. De hecho, cuando el Dicasterio haya aprobado todos los cambios estatutarios requeridos, la mayor responsabilidad a la que estamos llamados –como pide el Decreto a cada miembro de la Fraternidad– será la de reconocer a quién nos da el Espíritu para guiarnos, según el método propuesto por don Giussani, como hemos escuchado: «Al maestro uno no lo elige, ¡lo reconoce!» (p. 39), porque nos lo dará el Espíritu Santo. Giussani nos ofrece algunas sugerencias sobre cómo vivir esta responsabilidad en el audio que escuchamos durante la Jornada de apertura de curso.

*Hola. Retomar las palabras de don Gius: «¡Lo importante en la vida es reconocer al maestro! Porque al maestro uno no lo elige, ¡lo reconoce!» y tu pregunta: «¿cómo reconocerlo?», me llevó a retomar una parte del punto 9 de Crear huellas en la historia del mundo, el apartado Un carisma en acto: la responsabilidad de cada uno. Al final dice: «Esta es nuestra virtud: la confrontación con el carácter original del carisma que se da por medio de algo efímero de lo que Dios se sirve. [...] Por ahora la confrontación debe hacerse, en última instancia, con la persona con la que todo empezó. Esta persona puede disolverse, pero los textos que ha dejado y el seguimiento ininterrumpido —si Dios quiere— de las personas indicadas como punto de referencia, como interpretación verdadera de lo que ha sucedido, son los instrumentos para la corrección y el suscitar de nuevo; son los instrumentos para adquirir la moralidad. La línea de las personas indicadas como referencia es lo más vivo del presente, porque un texto por sí solo puede ser mal interpretado; es difícil interpretarlo mal, pero puede suceder. [...] Si dar la vida por la vida de Otro no indica una referencia precisa, se desvanece su historicidad, se reduce su concreción: ya no se da la vida por la obra de Otro, sino por la interpretación de cada uno, por sus propios gustos, sus cálculos o sus puntos de vista» (L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., pp. 123-124). Mi pregunta es: ¿cómo no convertir el reconocimiento del maestro en el fruto de una interpretación mía, como decía don Giussani? Porque a mí me corresponde más mirar aquello que la autoridad mira en este momento, en vez de seguir mi inspiración, antipatía o simpatía. Gracias.*

Lo que la Iglesia nos pide ahora es precisamente reconocer esta referencia de la que habla don Giussani. Y el método que don Giussani nos ha indicado no cambia: «Al maestro uno no lo elige, ¡lo reconoce!» (p. 39). La alternativa –que debemos entender bien– se da entre la elección y el reconocimiento. Si cada uno elige según lo que piensa, según su propia interpretación, o bien si reconoce a aquel que se revela en su experiencia como una ayuda para responder a su necesidad. Nosotros tenemos este tiempo por delante, hasta que se celebren las elecciones de los nuevos responsables de la Fraternidad (en la modalidad establecida por el nuevo estatuto que apruebe el Dicasterio) para prepararnos para este reconocimiento, cada uno allí donde esté. Si estamos atentos a



lo que vivimos en nuestra experiencia, cada uno podrá empezar ya a reconocer a quién nos da el Espíritu Santo.

*Esta semana me ha pasado algo en el trabajo que me ha ayudado a entender mejor quién es el maestro, la autoridad. Me doy cuenta de que esto no solo vale para mí, sino también para la gente con que nos encontramos. El lunes por la mañana, saludando a una compañera y comentando qué tal había ido el fin de semana, me cuenta la dificultad que vive con un ser querido. Me enumera todos sus defectos, haciendo una serie de recriminaciones, totalmente comprensibles. Le aconsejo que hable con esa persona y le cuente sinceramente su malestar, sin recriminarle todo eso que iba mal, pero intentando provocarla con preguntas que hicieran salir lo que llevaba en su corazón, como: «¿Pero tú eres feliz? ¿Te basta una relación conmigo como la que tenemos? ¿No deseas compartir lo que te pasa, sin vivir solo, tanto tus dificultades como tus logros?». Al día siguiente me dio las gracias diciendo: «No sabes cuánto me has ayudado. Después de hablar, se puso a llorar y me pidió ayuda. No es casual que te haya encontrado justo en este momento de dificultad». Este hecho me llama la atención por lo que escuchamos en la Jornada de apertura de curso: «Entonces, ¿qué es lo más necesario para reconocer al maestro?». Tú decías: «La conciencia de la naturaleza de nuestra verdadera necesidad, una conciencia clara de sí [...]. No hay otro criterio». Para mi compañera ha sido así, y también es así para mí, como lo era también para don Giussani cuando decía: «Si yo deseo [ciertas] cosas, Dios me las hace aprender de quien las vive, de quien ya las vive» (p. 41). La cuestión entonces es tomar conciencia de nuestra verdadera necesidad, pues solo así podemos interceptar esas presencias que nos sobresaltan porque corresponden con nuestro corazón. Gracias de verdad por los pasos de conciencia que me permites dar, porque así es realmente posible disfrutar de la vida cotidiana.*

Dios me hace aprender lo que deseo no de quien yo decida o elija sino de quien ya lo vive. Es un reconocimiento que debemos secundar, si no queremos decidir por nuestra cuenta. Es una obediencia a lo que sucede, como tú decías citando a don Giussani: «Si yo deseo [ciertas] cosas, Dios me las hace aprender de quien las vive, de quien ya las vive», a veces de la manera más inesperada.

*Hola a todos. En agosto empecé un doctorado en el extranjero. Una noche fui a cenar con una familia del movimiento que vive a media hora en tren de aquí. No les había visto nunca en mi vida, no tenemos nada en común, pero esa noche me sentí en casa. Había tal sintonía inexplicable que me abrí, hablando de mi vida, de mi familia y de mis dudas (sobre el futuro, sobre mi vida en el extranjero), cosas que me preocupan y que ni siquiera había contado a mis mejores amigos. Volviendo a casa en tren, me sorprendí agradecido por estar allí (¡parece absurdo!) y un poco menos asustado ante el futuro que me espera, que antes me aterraba. Me preguntaba: «¿Qué ha pasado esta noche? ¿Cómo es posible sentirse tan libre con gente desconocida? ¿De dónde viene esta sintonía? ¿Qué es lo que me ha cambiado? ¿Ha sido tan solo una velada agradable en compañía?». El fin de semana siguiente encontré la respuesta en la Jornada de apertura de curso: «“Carisma es la modalidad con la que el Espíritu, la energía del Espíritu hace intuir la evidencia, es decir, la verdad de la fe y su capacidad de transformación”. Por ello, un carisma suscita afinidad, y “esta afinidad se llama ‘comunidad’. La realidad de esta comunidad que vive se llama ‘movimiento’”» (p. 30). No podía dar ninguna otra explicación a este hecho aparte de la fe vivida en el movimiento: el único factor que tengo en común con esta familia desconocida. Una experiencia como esta hace razonable la fe en Jesucristo, físicamente encontrable, garantiza una libertad y una unidad humanamente imposibles (como con esa familia, por ejemplo) de reproducir, y permite una verdadera experiencia de paz. Me permito hacer una última reflexión. Esta experiencia ha sido también el criterio con el que me estoy confrontando con el Decreto sobre los movimientos. Para mí, el carisma es lo que viví esa noche, y basta. Eso es posible porque el movimiento ha llegado hasta mí (y hasta ellos) mediante otros que me lo han dado a conocer. Esos otros siguen el camino que tú nos indicas y para mí no hay otro. Los bachilleres de los años 60 reconocían lo que sucedía delante de sus ojos, algo que estaba vivo para ellos, como vemos en las citas de Pier Alberto Bertazzi que*

*haces en tu mensaje después de su muerte. No sé cómo se traducirá todo esto desde el punto de vista de la revisión del estatuto de la Fraternidad, pero sé que cuando la experiencia de la fe –como ya he visto– no es el criterio con que mirar lo que nos reclama la Iglesia, inevitablemente caemos en discusiones, de las que el Papa nos pone en guardia continuamente.*

El criterio, por tanto, para realizar este reconocimiento es la experiencia de la fe. Por eso nunca me cansaré de repetir estas palabras de don Giussani que cité en la Jornada de apertura de curso: «Una fe que no pudiera percibirse y encontrarse en la experiencia presente [por ejemplo, durante una cena], que no pudiera verse confirmada por ella [de modo que vuelves a casa distinto de cuando saliste, con menos miedo al futuro] [...], no podía ser una fe en condiciones de resistir en un mundo donde todo, todo, decía y dice lo opuesto» (p. 30). Lo hemos visto en las intervenciones de esta noche. Este es el método de Dios: «Nadie ha visto a Dios, el Hijo nos lo ha dado a conocer», y luego: «Quien me ve a mí, ve al Padre» (p. 37).

Este es el reconocimiento de esta Presencia, al que todos estamos llamados. ¿Pero cómo? Como decía antes uno de vosotros: «Tampoco nosotros entendemos nada de lo que dices, pero si nos marchamos, ¿a dónde iremos?» (p. 37). Esta Presencia no la hemos decidido nosotros, no la hemos elegido nosotros, nos la hemos encontrado delante y la hemos reconocido, igual que la reconocieron Juan y Andrés sin necesitar no sé qué tipo de estrategia o discusión entre ellos. ¿Por qué? Porque la vida, «la vida nueva, hace dos mil años», decía don Giussani, se experimentaba estando «con Su presencia», con una Presencia que los discípulos habían reconocido, que no habían elegido ellos. «Hace dos mil años la vida nueva era estar con Su presencia. Sucedió estando en Su presencia [...]. Nació el yo con su consistencia transparente, cristalina, con su fuerza viva, con su sed y su capacidad de querer» (p. 38). Usando las palabras de don Giussani en la Jornada de apertura de curso, podemos decir que todo el método está aquí: «La vida nueva era estar con Su presencia».

Pero alguien podría preguntarse: «¿Y ahora? ¿Dónde reconozco Su presencia? ¿Dónde, mientras vemos que las iglesias se vacían, que nadie va a catequesis y la gente abandona la Iglesia?». ¿Dónde está entonces Su presencia? El “dónde” no lo decidimos nosotros. ¡Su presencia hoy está allí donde uno experimenta una vida nueva! Es sencillo, el método no cambia, igual que al principio con Juan y Andrés. No se trata de una vida nueva (atención a la aclaración de don Giussani) por la brevedad del instante –como para los escribas y fariseos, y para toda la masa de gente que iba a ver a Jesús por curiosidad, o por interés, o por ver milagros, y luego se iba–, sino una vida nueva que se hace cada vez más tuya, cada vez más mía, estando con Su presencia. De otro modo, nosotros tampoco tendríamos una razón para permanecer.

Experimentamos esta vida nueva cuando identificamos y reconocemos lo que nos da la vida; de lo contrario, con el tiempo, no permaneceremos ligados a la Iglesia, al movimiento, no tendremos una razón para permanecer. Para permanecer hoy en la Iglesia (lo mismo puede decirse del movimiento) hace falta una experiencia presente, tan real y consistente que no haya nada más deseable. No creo que podamos tener una tarea más fascinante en los dos años que tenemos por delante, en que la Iglesia nos pide cambiar la guía de la Fraternidad.

De la seriedad y lealtad con que secundemos este trabajo, de la atención que prestemos, de cómo nos impliquemos, dependerá (¡atención, esto es lo grave –en el sentido de decisivo– de esta situación!) la posibilidad de descubrir lo que necesitamos para permanecer en la Iglesia. Podemos interceptarlo yendo a una cena o de otras maneras que hemos oído esta noche. Si empezamos este trabajo ahora, cuando llegue el momento de poner en marcha todo el proceso electoral estaremos preparados para reconocer presencias que nos ayudan a vivir. En cambio, si perdemos el tiempo, cuando llegue el momento de realizar con un voto la elección o, mejor dicho, el reconocimiento de quién debe guiarnos –como nos pide la Iglesia–, estaremos determinados por nuestras reacciones o interpretaciones, en lugar del reconocimiento de lo que nos da la vida, allí donde encontramos esa vida.

¡Buen trabajo y buen camino a todos!

Escuela de comunidad. La próxima Escuela de comunidad será el miércoles 17 de noviembre a las 21.00h, por videoconferencia. Este mes seguiremos trabajando sobre la Jornada de apertura de curso

(¡como veis, hay mucho trabajo por hacer!) y los capítulos 5 y 6 de *¿Hay esperanza?* Si no volvemos al camino que nos ha propuesto don Giussani, y no lo hacemos nuestro, sucumbiremos a nuestras interpretaciones.

Recuerdo que es posible enviar preguntas e intervenciones breves a [sdccarron@comunioneliberazione.org](mailto:sdccarron@comunioneliberazione.org), para los de fuera antes del viernes por la noche y para los italianos antes del domingo por la noche previos a nuestro encuentro, dejando un número de teléfono para poder contactar.

Inscripciones a la Escuela de comunidad 2021/2022. Hasta el 30 de noviembre es posible renovar la inscripción a la Escuela de comunidad para el curso 2021/2022. La inscripción a la Escuela de comunidad es un gesto educativo sencillo pero –como veis– crucial para reclamarnos la seriedad de un trabajo constante sobre lo que solemos dar por descontado. Sin este trabajo, lo que nos ha pasado acabará desapareciendo y cada mañana nos levantaremos dando todo por descontado.

Libro del mes. Recuerdo que el libro del mes de octubre y noviembre es *Ojos que no ven*, de José Ángel González Sainz, editado por Bur-Rizzoli. El texto está disponible tanto en papel como en e-book.

Huellas. El 1 de noviembre comienza la nueva campaña de suscripciones, titulada *Huellas claras, larga amistad*.

Como el año pasado, la campaña de suscripciones invita “a traer nuevos amigos con nosotros”. Además, este año nos dirigiremos a los muchos nuevos amigos que en la campaña anterior recibieron la suscripción de regalo, para que sean ellos mismos quienes la renueven. Pedimos a los que el año pasado regalaron una suscripción que promuevan esta renovación, poniendo en juego su iniciativa y creatividad. Lo que suceda podréis contarlo escribiendo a la redacción de *Huellas*. En los próximos días se os comunicará la información detallada de esta campaña.

El movimiento propone a todos apoyar dos gestos en los próximos meses:

Ante todo la Jornada nacional de recogida de alimentos, que tendrá lugar el sábado 27 de noviembre y será presencial, volviendo a la modalidad tradicional, respetando la normativa anti-Covid vigente. Del domingo 28 de noviembre al 5 de diciembre, en algunos supermercados también será posible continuar la recogida con la modalidad de tarjeta, como ya se hizo el año pasado.

Para más información, consultar la web [www.bancoalimentare.it](http://www.bancoalimentare.it)

El otro gesto es la Campaña Tende de AVSI, que este año lleva por título *El desarrollo eres tú. La hora del coraje*.

Será para apoyar proyectos en Haití, Uganda, América Latina, Líbano e Italia para las familias más probadas por las dificultades debidas a la pandemia.

Quien quiera organizar eventos de apoyo a la Campaña Tende puede ponerse en contacto con AVSI tal como indica la web [www.avsi.org](http://www.avsi.org), sección “Campaña tende”.

Para nosotros, participar en estos dos gestos no es solo un acto de solidaridad, por bueno y útil que sea, “al estilo D’Annunzio”, podríamos decir. Nuestra propuesta se resume en el eslogan lanzado hace unos años por el Banco de Alimentos: «Compartir las necesidades para compartir el sentido de la vida». Mirar a la cara a las personas con que nos encontramos llevando en nuestros ojos lo que da sentido a nuestra vida es el mayor acto de caridad que podemos tener. No faltan ocasiones para implicarse y verificar qué es lo más querido que tenemos. Tal vez así no lo demos por descontado, porque habrá alguien que nos recuerde el don que hemos recibido.

Pandemia y gestos de las comunidades. Como estamos viendo, poco a poco gran parte de las limitaciones anti-Covid se van aliviando o suprimiendo. Os pido que valoréis siempre con atención la manera en que proponéis los gestos en las comunidades, consultando también con profesionales

expertos en la materia (médicos o responsables de prevención y seguridad), para entender qué medidas es necesario respetar. Os invito igualmente a considerar con libertad y sin esquemas las formas de proponer los gestos, atesorando todo lo positivo que hemos aprendido durante estos casi dos años de pandemia.

Para todos los demás avisos de la vida del movimiento en Italia os recuerdo que está activa la plataforma web “Avisos CL”, disponible también en App para smartphone.

*Veni Sancte Spiritus*

¡Buenas noches a todos! Gracias.